

**E**l concejal J. Luis San-  
ta cruz ha dado la ex-  
celente noticia de  
que los principales  
monumentos de Za-  
ragoza van a recibir cuidado  
municipal. Loado sea. Lo hace,  
además, mediante lo que se es-  
pera de un político: ideas útiles,  
objetivos deseables, medios  
adecuados. El dinero lo pondrán  
entidades privadas que obtendrán un (esperemos) discreto  
beneficio publicitario. Los téc-  
nicos municipales R. Usón y J. I.  
Urraca dirigirán los trabajos.  
Será raro que salgan mal por-  
que se trata de un objetivo inte-  
ligente y morigerado, que es  
ambicioso en intenciones, pero  
no pretencioso ni destinado a  
dejar al mundo boquiabierto.  
Que cunda el ejemplo.

En Zaragoza, con costes bas-  
tante bajos, podría acometerse  
la regularización de los azulejos  
y chapas con que se da nombre  
a las calles. Son señalizaciones  
hoy muy escasas, pues sólo fi-  
guran al comienzo y al final de  
las vías, y no siempre. Presentan  
faltas de ortografía sor-  
prendentes y, lo que es más,  
errores de bulto en los nom-  
bres, como los que bautizan Mi-  
guel Angel a quien se llamó Mi-  
guel A. tonio y cosas por el estí-  
lo. A veces se indica la razón de  
la denominación o se facilita la  
profesión del distinguido y,  
otras, no. El Ayuntamiento de  
esta bimilenaria ciudad carece,  
creo que desde la muerte de  
José Blasco Ijazo, hará unos tres  
lustros, de cronista municipal,  
empleo muy barato porque  
siempre fue gratuito y que de-  
sempeñó don José desde 1954  
hasta su fallecimiento. Tam-  
poco, me parece, sustituyó la  
Diputación Provincial a su últi-  
mo cronista, igualmente nada  
gravoso, el fallecido Angel Ca-  
nellas. De esa forma ha abando-  
nado Zaragoza, con poco seso y  
respeto de sí, toda reseña regu-  
lar sobre las vicitudes municipa-  
les, incluidos el crecimiento

GUILLERMO FATAS

## Callejero goyesco



de viales y el nomenclátor calle-  
jero, que recuerda para los za-  
ragozanos hechos o personas  
que, en principio, merecen re-  
memoración pública. En alguna

covachuela dormirán las docenas  
de expedientes en los que se  
aprueba dar nombre a las calles  
nuevas o viejas y se razonan los  
porqués. En 1962 publicaron

Sancho Izquierdo y Blasco una  
guía muy útil sobre el asunto, y  
en 1984, otra, de semejanse in-  
tención, Castillo Genzor. No re-  
cuerdo nada más moderno, lo  
cual es una pena.

Zaragoza, creo yo, merece es-  
tos mimos, tan baratos, por  
parte de sus regidores, porque  
contribuyen a acrecentar el res-  
peto propio, que es fuente de  
ajeno. En un libro, magnífico  
por su abrumadora informa-  
ción, que acaba de editar la CAI  
a Arturo Ansóñ y que se dedica  
a Goya y sus relaciones con Ara-  
gón y los aragoneses, figura en  
plano estupendo con la señali-  
zación de muchos lugares go-  
yescos en Zaragoza, alzado por  
el autor y por R. Centellas. Figu-  
ran localizadas en él las tres vi-  
viendas zaragozanas que ocupó  
la familia Goya Lucientes, el  
primer taller que montó don  
Francisco, cerca de la plaza de  
San Miguel, el que tuvo luego  
en la acera de los impares del  
Coso, donde la curva en que ya  
se llama bajo, la vivienda de su  
intimo compinche y amigo  
Martín Zapater, que es la actual  
casa de Coso, 25, la que ocupó  
su maestro en pintura, José Lu-  
zán, y otros sitios más.

Unos han desaparecido y los  
ensanches han suprimido in-  
cluso la calle en que se ubica-  
ban. Otros se han transforma-  
do, pero sobre su solar se alza  
una casa moderna. Otros más,  
aunque pocos, están en pie  
como Goya o alguno de sus ilus-  
tres coetáneos los vieron. Creo  
yo que no estaría mal dedicarles  
algún detalle, sin pretensiones,  
que resultase, a la vez, fuente de  
ilustración para el presente y de  
amor para los vecinos hacia las  
huellas de su historia. Estoy se-  
guro de que no faltarían exper-  
tos que, de mil amores, propu-  
sieran los lugares exactos y los  
breves textos o emblemas que  
resucitasen, en cierta forma,  
esos hermosos y olvidados plie-  
gues de la, aunque áspera, vene-  
rable piel de la Ciudad Augusta.